

la parte más atractiva, más capciosa y más selecta de aquellos juegos de colores y de aquellas seducciones que nos incitan a vivir, en cuyo resplandor final brilla — tal vez deja de brillar — hoy el cielo de nuestra cultura europea, su cielo de atardecer. Nosotros los artistas entre los espectadores y filósofos sentimos por ello frente a los judíos — gratitud.

## 251

Es preciso resignarse al hecho de que sobre el espíritu de un pueblo que padece, que *quiere* padecer de la fiebre nerviosa nacional y de la ambición política — pasen múltiples nubes y perturbaciones o, dicho brevemente, pequeños ataques de estupidez: por ejemplo, entre los alemanes de hoy, unas veces la estupidez anti-francesa, otras la antijudía, otras la antipolaca, otras la cristiano-romántica, otras la wagneriana, otras la teutónica, otras la prusiana (contémplese a esos pobres historiadores, a esos Sybel y Treitzschke<sup>161</sup> y sus cabezas reciamente vendadas —), y como quieran llamarse todas esas pequeñas obnubilaciones del espíritu y la conciencia alemanes. Perdóneseme el que tampoco yo, durante una breve y osada estancia en terrenos muy infectados, haya permanecido completamente inmune a la enfermedad, y el que a mí, como a todo el mundo, hayan empezado ya a ocurrírseme pensamientos sobre cosas que en nada me atañen: primera señal de la infección política. Por ejemplo, sobre los judíos: óigaseme. — Todavía no me he encontrado con ningún alemán que haya sentido simpatía por los judíos; y por muy incondicional que sea la repulsa del auténtico antisemitismo por parte de todos los previsores y políticos, tampoco esa previsión y esa política se dirigen, sin embargo, contra el género mismo del sentimiento, sino sólo contra su peligrosa inmoderación, en especial contra la expresión insulsa y deshonorosa de ese inmoderado sentimiento, — sobre esto no es lícito engañarse. Que Alemania tiene judíos en abundancia *suficiente*, que

el estómago alemán, la sangre alemana tienen dificultad (y seguirán teniendo dificultad durante largo tiempo) aun sólo para liquidar ese *quantum* [cantidad] de «judío» — de igual manera que lo han liquidado el italiano, el francés, el inglés, merced a una digestión más robusta —: eso es lo que dice y expresa claramente un instinto general al cual hay que prestar oído, de acuerdo con el cual hay que actuar. «¡No dejar entrar nuevos judíos! ¡Y, sobre todo, cerrar las puertas por el Este (también por el Imperio del Este <sup>162</sup>)!»), eso es lo que ordena el instinto de un pueblo cuya naturaleza es todavía débil e indeterminada, de modo que con facilidad se la podría hacer desaparecer, con facilidad podría ser borrada por una raza más fuerte. Pero los judíos son, sin ninguna duda, la raza más fuerte, más tenaz y más pura que vive ahora en Europa; son diestros en triunfar aun en las peores condiciones (mejor incluso que en condiciones favorables), merced a ciertas virtudes que hoy a la gente le gusta tildar de vicios, — gracias sobre todo a una fe decidida, la cual no necesita avergonzarse frente a las «ideas modernas»; los judíos se modifican siempre, *cuan-*  
*do* se modifican, de la misma manera que el Imperio ruso hace sus conquistas, — como un Imperio que tiene tiempo y que no es de ayer —: es decir, de acuerdo con la máxima «¡lo más lentamente posible!» Un pensador que tenga sobre su conciencia el futuro de Europa contará, en todos los proyectos que trace en su interior sobre ese futuro, con los judíos y asimismo con los rusos, considerándolos como los factores por lo pronto más seguros y más probables en el gran juego y en la gran lucha de las fuerzas. Lo que hoy en Europa se denomina «nación», y que en realidad es más una *res facta* [cosa hecha] que *nata* [cosa innata] (más aún, a veces se asemeja, hasta confundirse con ella, a una *res ficta et picta* [cosa fingida y pintada] —), es en todo caso algo que está en devenir, una cosa joven, fácil de desplazar, no es todavía una raza, y mucho menos algo *aere perennius* <sup>163</sup> [más perenne que el bronce], como lo es la raza judía: ¡esas naciones deberían, pues, evitar con mucho cuidado toda

conurrencia y toda hostilidad nacidas de un tener caliente la cabeza! Que los judíos, si quisieran — o si se los coaccionase a ello, como parecen querer los antisemitas —, *podrían* detentar ya ahora la preponderancia, más aún, hablando de modo completamente literal, el dominio de Europa, eso es una cosa segura; y también lo es que *no* trabajan ni hacen planes en ese sentido. Antes bien, por el momento lo que quieren y desean, incluso con cierta insistencia, es ser absorbidos y succionados en Europa, por Europa, anhelan estar fijos por fin en algún sitio, ser permitidos, respetados, y dar una meta a la vida nómada, al «judío eterno»<sup>164</sup> —; y se debería tener muy en cuenta y complacer esa tendencia y ese impulso (los cuales acaso manifiesten una atenuación de los instintos judíos): para lo cual tal vez fuera útil y oportuno desterrar a todos los voceadores antisemitas del país. Se debería acoger a los judíos con toda cautela, haciendo una selección; más o menos, como actúa la nobleza inglesa. Resulta manifiesto que quienes podrían entrar en relaciones con ellos sin el menor escrúpulo son los tipos más fuertes y más firmemente troquelados ya de la nueva germanidad, por ejemplo el oficial noble de la Marca<sup>165</sup>: tendría múltiple interés ver si no se podría hacer un injerto, un cruce entre el arte heredado de mandar y obedecer — en ambas cosas resulta hoy clásico el mencionado país — y el genio del dinero y de la paciencia (y sobre todo, algo de espíritu y de espiritualidad, que tanto faltan en el mencionado lugar —). Sin embargo, lo que aquí procede es interrumpir mi jovial alemanería<sup>166</sup> y mi solemne discurso: pues estoy llegando ya a lo que para mí es *serio*, al «problema europeo» tal como yo lo entiendo, a la selección de un nueva casta que gobierne a Europa. —

No son una raza filosófica — esos ingleses: Bacon significa un *atentado* contra el espíritu filosófico en